



DOCTOR EMILIO ROBLEDO

UNA PAGINA MEMORABLE

(Oración pronunciada por el Dr. Francisco Antonio Uribe Mejía el 26 de agosto de 1900, en el grado de Doctor de los señores Emilio Robledo y Miguel M^a Calle y que su autor dedicó al Doctor Manuel Uribe Angel).

El Jurado de Calificación de que formo parte, va dentro de poco a conferirlos el grado de Doctor en Medicina y Cirugía. Merecida distinción; porque habéis estudiado ordenadamente todas las materias de esta asignatura; porque las contestaciones en vuestros exámenes han sido acertadas, y porque habéis presentado sendas Tesis, escritas con inteligencia y erudición, y sostenidas con lucimiento en el presente acto.

Están cumplidas vuestras aspiraciones. Pero ni vuestros estudios han terminado, ni está coronada vuestra carrera: el crudo trabajo y la ruda labor apenas empiezan. Meditad bien, antes de sellar con la gravedad del juramento, el voto que vais a proferir. La profesión médica es un sacerdocio; y una vez dado el sí, quedáis por vida sometidos a trabajos forzados. La deserción de las filas es desdorosa y equivale a ahorcar los hábitos. Un médico que no se dé con absoluta abnegación, al servicio de la humanidad doliente, sin atender a provechos pecuniarios, es planta exótica que, para bien nuestro, no se aclimata en estas montañas.

Nobleza obliga! El desinterés, la actividad, la afabilidad, una moral estricta, una conducta severa y una caridad ilimitada, son cualidades inseparables del que pretenda practicar con honradez las delicadas tareas del médico y las laboriosas ocupaciones del cirujano.

Pero la virtud principal del médico es el silencio. Ni las súplicas de las personas más queridas, ni los agravios de los enemigos, ni las asechanzas de los curiosos, ni las amenazas de las autoridades, serán parte a compeleros para que reveléis lo que sepáis de vuestros clientes. El secreto profesional es inviolable; y antes que logren arrancároslo trozad con los dientes vuestra lengua y escupidla en la cara de los instigadores. Así lo hizo aquel santo varón, Canónigo de Praga, cuando el Emperador Wenceslao quiso arrebatar con el martirio la confesión de la Emperatriz, su esposa.

A vosotros no os guía el lucro; porque sabéis sobradamente que nuestros profesores más distinguidos, después de medio siglo de trabajo, no legaron a sus familias ni pan, ni techo, ni abrigo: Quevedo, Estrada, De la Roche, Peña, Campuzano, Mendoza, Flórez, Pérez, ¡benditos seáis!

Bendito sea también aquel austero y sabio anciano, esclavo del deber y víctima del trabajo, hoy ciego, enfermo, agobiado de tristeza y vencido por los desengaños, que se ha visto obligado a dar en arrendamiento su oficina de trabajo, y a vender sus libros e instrumentos, para sufragar a sus más premiosas necesidades.

No niego que haya médicos laudablemente ricos. Pero si indagáis la causa de su riqueza, hallaréis que sus bienes proceden de herencia o dádiva o han sido adquiridos por medios extraños al ejercicio de la profesión.

Felices vosotros si la medicina os diere el pan de cada día.

Tampoco esperéis la fama como fruto de vuestro ministerio. Muchos os culparán de impericia o de descuido, si no pudiéreis salvar al enfermo, y atribuirán la curación, si lo lográreis, a causas extrañas a vuestros afanes y desvelos.

Si aspiráis a ser sabios, no prestéis el juramento que se os va a exigir; porque la muchedumbre de desvalidos no os dará tiempo para los estudios en el día, ni reposo para las meditaciones por la noche.

Con honrosas excepciones, no tendréis más amigos que vuestros enfermos; de los cuales, cuando ya no lo estén, muchos os volverán la espalda. Y gracias si algunos no se convierten en enemigos cuando se trate de honorarios. No invento; no me quejo; no enrostro nada a nadie: así está formada la humanidad.

Cuando se os llame para ver un enfermo, acudid pronto y sin vacilaciones; examíadlo con interés y con todo el espacio que podáis, y dadle vuestra receta por escrito, agregando palabras de aliento y consejos que levanten el ánimo y reanimen la esperanza del paciente.

Váis a cambiar los alegres bancos del colegio por las arduas tareas del profesorado, y a trocar los festivos rostros de vuestros condiscípulos por la demacrada y a veces lacrimosa cara de los enfermos.

Renunciad de una vez a los placeres juveniles, a las dulces lecturas, a todos los ocios recreativos, y lo que es más duro y cruel, al don más precioso concedido por Dios a los hombres: renunciad a la libertad.

Dentro de pocos minutos ya no os porteneceréis: perteneceréis, maniatados, a la humanidad. Así el millonario como el pobre, el santo como el bandido, el sabio como el salvaje, el amigo como el enemigo y el cristiano como el idólatra, tienen derecho de ocuparos, y vosotros el deber de servirles, sin establecer diferencias, midiéndolos a todos con una misma vara: la vara de la equidad.

Yo sé que el trabajo no os arrendra, que mis palabras no os amedrentan. Vuestra resolución está tomada y es irrevocable. Unid a la vocación del apóstol, la resolución del mártir. Por acto de tanto valor y de tanta abnegación, felicito a la patria y a la humanidad doliente, y a vosotros... os compadezco y os admiro.